

71). A las emociones de esa época y al abuso ulterior del cloral se atribuye la demencia que idiotizó sus últimos años.

* * *

Ambos son, a mi juicio, los líricos máximos del siglo pasado. El alemán, con las limitaciones que le imponía su criticismo filosófico y las complejidades de su gran cultura clásica. El yanqui con los deslumbramientos de su trascendentalismo religioso y las ingenuidades de su augusta autodidaccia.

Aquél, concentrado y explosivo, a semejanza de los inflamables de los arsenales prusianos; éste, desbordante y por momentos monótono, como las cataratas de su patria.

A su lado, Hugo, Leconte de Lisle, Swinburne, Carducci, Junqueiro, Rapisardi, parecen poetas regionales. Poetas en el sentido más convencional y europeo de la palabra.

* * *

EN EL MAR, SOBRE LAS NAVES

En el mar, sobre naves alveoladas de camarotes,

El azul sin límites se extiende por doquiera,

Con los vientos que silban y la música de las ondas, de las grandes imperiosas ondas;

O bien, en alguna barca solitaria, llevada sobre el denso mar,

O gozoso y lleno de fe, desplegando sus blancas velas,

En el barco que hiende el éter entre la espuma relampagueante del día, o de noche, bajo las innumerables estrellas,

Quizá será leído por marineros jóvenes o viejos, como un recuerdo de la tierra,

En plena concordancia con mi fin.

—
“He aquí nuestros pensamientos, los pensamientos de los que navegan,

No es sólo la tierra, la tierra firme la que aparece,

En este libro—podrán decir entonces—

También se extiende y arquea la cúpula del cielo; sentimos el ondulante puente debajo de nuestros pies.

Sentimos la larga pulsación, el movimiento eterno del reflujo y de la ola,

Los acentos de misterio invisible, las vagas y vastas sugerencias del mundo oceánico, las sílabas líquidas que se derraman,

El olor, el ligero crujimiento del cordaje, el melancólico ritmo,

La perspectiva ilimitada, el horizonte fosco y lejano están aquí.

En este poema del Océano.”

—
No titubees, pues, ¡oh libro! cumple tu destino,

Tú que también eres como una barca solitaria, hendiendo el espacio, hacia un fin que ignoro, y no obstante llena de fe.

Navega tú también en conserva, con cada navío que navega,

Llévalas mis cariños (para vosotros, queridos marineros, los he encerrado en cada una de estas hojas);

¡Marcha bien, libro mío! Despliega tus blancas velas, mi pequeña barca, sobre las ondas imperiosas,

Prosigue tu cántico y tu marcha, lleva de mi parte,

Sobre el gran azul ilimitado de los mares,

Este canto, para todos los marineros y para todas sus naves.

* * *

¡OH ESTRELLA DE FRANCIA!

(1870-71)

¡Oh estrella de Francia,

Que en la plenitud de tu esperanza, de tu fuerza y de tu gloria

Fueras, durante tanto tiempo, como la nave capitana de una flota,

El resto de un naufragio azotado por los trocadero ahora

En huracanes, en un pontón sin mástiles.

Desbordante de muchedumbres locas, furiosas, semisumergidas,

Sin timón ni timonel!

—
Estrella obscurecida,

Orbe, no sólo de Francia, símbolo también de mi alma y de sus más caras esperanzas.